

Pasado Memoria

Revista de Historia Contemporánea

La memoria del pasado

memoria. (Del lat. *memoria*.) f. Facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado. || 2. En la filosofía escolástica, una de las potencias del alma. || 3. Recuerdo que se hace o aviso que se da de algo pasado. || 4. Ex-

Dirección: Glicerio Sánchez Recio

Secretaría: Francisco Sevillano Calero

Consejo de redacción: Salvador Forner Muñoz, Rosa Ana Gutiérrez Lloret, Emilio La Parra López, Roque Moreno Fonseret, Mónica Moreno Seco, José Miguel Santacreu Soler y Rafael Zurita Aldeguer, *Universidad de Alicante*.

Consejo asesor:

Julio Aróstegui Sánchez
(*Universidad Complutense*)
Gérard Chastagnaret
(*Universidad de Provenza*)
José Luis de la Granja
(*Universidad del País Vasco*)
Gérard Dufour
(*Universidad de Aix-en-Provence*)
Eduardo González Calleja
(*CSIC*)
Jesús Millán
(*Universidad de Valencia*)
Conxita Mir Curcó
(*Universidad de Lleida*)
M^a Encarna Nicolás Marín
(*Universidad de Murcia*)
Marco Palla
(*Universidad de Florencia*)

Juan Sisinio Pérez-Garzón
(*Universidad de Castilla-La Mancha*)
Manuel Pérez Ledesma
(*Universidad Autónoma de Madrid*)
Manuel Redero San Román
(*Universidad de Salamanca*)
Maurizio Ridolfi
(*Universidad de Viterbo*)
Fernando Rosas
(*Universidad Nueva de Lisboa*)
Ismael Saz Campos
(*Universidad de Valencia*)
Manuel Suárez Cortina
(*Universidad de Cantabria*)
Ramón Villares
(*Universidad de Santiago de Compostela*)
Pere Ysàs
(*Universidad Autónoma de Barcelona*)

Coordinación del monográfico: Glicerio Sánchez Recio

Diseño de la portada: Gabinete de Imagen y Comunicación Gráfica de la Universidad de Alicante

Traducción inglesa de los resúmenes por el profesor Clive Alexander Bellis, Universidad de Alicante

Edita: Departamento de Humanidades Contemporáneas
Área de Historia Contemporánea
Universidad de Alicante
Apartado Postal 99
E-03080 Alicante

Suscripción: Marcial Pons Librero
Departamento de Suscripciones
C/ San Sotero, 6
28037 Madrid
revistas@marcialpons.es

Preimpresión e impresión: Espagrafic

Dépósito legal: A-293-2002
ISSN: 1579-3311

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado -electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.-, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

**Estos créditos pertenecen a la edición
impresa de la obra.**

Edición electrónica:
 Espagrafic

PASADO Y MEMORIA
Revista de Historia Contemporánea, nº 3

La transición de la dictadura a la democracia.
El caso de Rumania

Índice

Portada

Créditos

La transición de la dictadura a la democracia.

El caso de Rumania 5

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

Barbu Stefanescu

La visión retrospectiva de la historia europea del siglo XX nos permite distinguir varias tendencias y fenómenos históricos: las dos guerras mundiales que tuvieron lugar principalmente en territorio europeo, el orden social totalitario de carácter derechista, las experiencias comunistas en los países del Este, la división en bloques económicos y militares y las tensiones de la Guerra Fría, y finalmente el ocaso de los regímenes sociales comunistas con su difícil transición a una economía de mercado y a la democracia, acompañada por movimientos sociales, nacionales y políticos. Rumania fue protagonista de todos estos procesos históricos, lo que explica en gran medida tanto su proximidad con la historia de otros Estados vecinos como el carácter singular de su proceso de vuelta a un régimen social democrático.

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

Se debe señalar desde el principio que Rumania tiene una débil tradición democrática. Las instituciones del Estado moderno de Rumania se fundaron durante el reinado de Alexandru Ioan Cuza (1859-1866) y Carol I (1866-1914), y los derechos y libertades democráticos se consagraron en la Constitución de 1866; sin embargo, y de acuerdo con la tradición balcánica, este marco teóricamente democrático en la práctica sólo ha funcionado de manera aproximada, pese a los esfuerzos de la clase política rumana formada en Occidente y de Carol I Hohenzolern de guiar a la sociedad rumana hacia el modelo evolutivo experimentado con éxito en Europa Occidental. No es ninguna casualidad el hecho de que una de las mayores controversias tanto en la cultura como en la política rumanas es la de las «apariencias», es decir, la asimilación de instituciones y formas culturales a las que, según la opinión de algunos, no se les dio la esencia apropiada, o en opinión de otros, eran inadecuadas para la sociedad rumana, ya que revestían muchos elementos arcaicos y prácticas de origen feudal. En lo que se refiere a la vida política, el mayor logro ha sido la implantación de un sistema de «rotación gubernamental» o alternancia en el gobierno, cuyos protagonistas fueron el Partido Nacional Liberal y el Partido Conservador.

Por otra parte, los rumanos que habían vivido en el Imperio Austro-Húngaro y el Imperio del zar vendrían a formar parte del Estado rumano (1918) con una experiencia política democrática reducida. Como la gran mayoría eran campesinos, con escasos recursos económicos, a los rumanos de Transilvania y Bucovina –bajo un régimen de voto censitario– no se les permitía enviar a los parlamentos de Budapest y Viena el número de representantes acorde con su número. Así, la participación de la elite rumana de Besarabia en la vida política rusa fue insignificante. No resultó casual el hecho que las tácticas del Partido Nacionalista Rumano Transilvano fueran de “pasividad”, y que éste sólo influyese en las políticas del Parlamento a favor de la adopción de medidas nacionales sobre la cultura o para denunciar la situación desfavorable en la cual se encontraba la mayoría de la población de Transilvania. Este hecho de que la clase política rumana en Transilvania sólo tuviera experiencia como oposición repercutiría negativamente en su participación en el panorama político de la Rumania unificada en el periodo de entreguerras, en el que el protagonismo político lo tuvieron las fuerzas y personalidades provenientes del antiguo reino.

La Constitución de 1923 –una actualización de la Carta de 1866– establecía la monarquía constitucional como forma de

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

Estado, el sistema parlamentario, la separación de poderes, el sufragio universal, etc., proporcionando así el marco general para la vida política democrática. Sin embargo, el cumplimiento de sus estipulaciones siguió haciéndose de manera muy aproximada y formal, al tiempo que los círculos de poder manipulaban las instituciones del Estado a su favor.

La política rumana en el periodo de entreguerras se articuló alrededor de algunas personalidades fuertes, como el dirigente liberal Ionel Brateanu, el líder del campesinado Iuliu Maniu, el fundador del movimiento derechista «Guardia de Hierro», Corneliu Zelea Codreanu, el rey Carol II y el general Ion Antonescu. Así, en las mismas décadas que la Constitución de 1923 permaneció en vigor, la vida política rumana estuvo dominada por personalidades con tendencias dictatoriales.

Mientras tanto, las evoluciones políticas europeas condujeron a regímenes de derechas o izquierdas. Si bien el ejemplo de la Rusia Soviética no llegó a despertar el interés de los rumanos, otros modelos de dictadura sí se tuvieron en cuenta. Aunque contó con el apoyo de los intelectuales, los estudiantes, los sacerdotes y una parte del campesinado –sectores que estaban de acuerdo con la exaltación de valores nacionales y ortodoxos– el movimiento de la Guardia de Hierro (nombre que proviene de la Guardia de Hierro del Arcángel Miguel)

no consiguió llegar al poder, a pesar de su victoria electoral de 1937. El revisionismo húngaro y soviético, junto con el ejemplo alemán, la ineficacia y posterior colapso del sistema de garantías y alianzas, y el riesgo de que se estableciera un régimen de derechos, determinaron el establecimiento de la dictadura autoritaria del Rey Carol II. El rey gobernó en solitario durante diez años –se prohibió la actividad de los partidos políticos– con el apoyo y a beneficio de una “camarilla” formada por políticos, industriales, banqueros y militares, que constituían la cumbre de un orden social caracterizado por la inmoralidad y la corrupción. Hay que señalar que el establecimiento de un régimen autoritario bajo Carol II coincide en el tiempo con la superación de la crisis económica de 1929 (que también afectó Rumania), la recuperación de la prosperidad económica, el fortalecimiento de la industria capitalista, y la estabilización de la situación agrícola. Asimismo, en el periodo de entreguerras Rumania vivió una época cultural dorada, con el apoyo de los círculos monárquicos.

No obstante, el régimen de Carol II quedó en una situación comprometida al aceptar, a partir de 1940 y sin respuesta militar, las cesiones territoriales a sus vecinos –la Unión Soviética, Hungría y Bulgaria–, al tiempo que Rumania quedaba aislada de Europa (Polonia y Francia habían sido derrotadas, el

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

Reino Unido luchaba por la supervivencia, los países aliados de la Liga Balcánica o bien habían dejado de existir –caso de Checoslovaquia – o bien habían sido atacados por las potencias del Eje –caso de Yugoslavia y Grecia). En aquella coyuntura, se apelaba a la mitología política del salvador providencial, encarnado en la figura del general Ion Antonescu. Un firme oponente del régimen de Carol II, por su corrupción y su falta de firmeza respecto a las reivindicaciones territoriales de sus vecinos, Antonescu estaba considerado como un excelente militar que había jugado un papel clave en la preparación del plan de operaciones del ejército rumano en la Primera Guerra Mundial; tenía la reputación de ser un hombre incorruptible que admiraba el sistema político occidental, sobre todo el británico. Sus contemporáneos le consideraban la mejor persona para salvar a Rumania de la fragmentación territorial. En una Europa marcada por las grandes victorias alemanas, Ion Antonescu no tuvo más remedio que aliarse con Alemania –aunque en los meses anteriores Rumania había dado varias muestras de una actitud anti-alemana, como por ejemplo su ayuda incondicional al gobierno polaco en el exilio– y aceptar gobernar junto con la Guardia de Hierro, ahora bajo el mando de Horia Sima, que se había distanciado de las ideas de Codreanu, adoptando en su lugar prácticas políticas hitlerianas.

La convivencia en el gobierno de militares y tecnócratas con el movimiento de la Guardia de Hierro no tuvo un final feliz. El terrorismo practicado por la policía de la Guardia de Hierro –que doblaba en número a la policía del Estado, y que tuvo entre sus víctimas a personalidades públicas emblemáticas como el historiador Nicolae Iorga y el economista Virgil Madgearu – llevaría al rechazo del movimiento tanto en opinión de Antonescu y la opinión pública como por parte de Alemania, que tenía cada vez más claro que no podía fiarse de la Guardia de Hierro en la coyuntura de una posible guerra con la Unión Soviética. Por consiguiente, Alemania decidió confiar plenamente en Ion Antonescu, permitiendo la represión militar de la “rebelión de la Guardia de Hierro”, un intento de hacerse con todo el poder del Estado mediante la fuerza en enero de 1941.

A partir de entonces, el régimen de Antonescu funcionó como dictadura militar, lo propio en una situación de guerra, y Rumania participó en las operaciones militares contra la Unión Soviética, inicialmente con el fin de liberar Besarabia y el norte de Bucovina, después de lo cual accedió a la petición de Alemania de continuar con su participación militar.

Ante el previsible fracaso militar de Alemania, el gobierno de Antonescu contemplaba romper su alianza con las potencias

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

del Eje; a pesar de sondear tal posibilidad por vías diplomáticas, Antonescu vaciló por cuestión de honor antes de tomar medidas precisas al respecto. Sin embargo, fue víctima de esta falta de decisión, y su poder fue asumido por la Casa Real, con el consentimiento de algunos de sus generales y el apoyo de los comunistas, quienes, a pesar de su reducido número y un papel hasta entonces insignificante en la vida política de Rumania, habían ganado en importancia dentro de las tropas soviéticas en territorio rumano.

El decreto real de 23 de agosto de 1944 supuso la vuelta de Rumania a la Constitución de 1923 y a un sistema parlamentario. Se formó un gobierno de unidad nacional, con la participación de los principales partidos históricos (el Partido Liberal Nacional, el Partido Nacional del Campesinado y el Partido Socialdemócrata) más el Partido Comunista.

Sin embargo, sería erróneo hablar del restablecimiento del antiguo sistema político en el marco de la ocupación militar soviética fomentada por los comunistas. Antonescu es detenido, juzgado por criminal de guerra y ejecutado. El 6 de marzo de 1945 se establece un gobierno pro-soviético liderado por Petru Groza y, al año siguiente, las elecciones generales se amañan a favor de los comunistas; en diciembre de 1947, se aparta al Rey Mihai I del trono a pesar de su ayuda a los

rusos y, en junio de 1948, el gobierno lleva a cabo la nacionalización de la economía. Al mismo tiempo, se establecen instituciones de carácter represivo como la «policía popular» y, especialmente, la Seguridad, siendo asimismo eliminados los elementos “burgueses” del Ejército.

En el ámbito político se implanta el sistema de partido único: en 1948, el Partido Comunista se une con el Partido Socialdemócrata para formar el Partido del Trabajo Rumano, y se fortalece la posición de su líder, Gheorghe Gheorghiu-Dej, después de que éste apartara a la facción rival, Paukel-Luca, y al líder de orientación nacionalista, Lucretiu Patrascanu. De hecho, al mantener una orientación estalinista en la política económica y social, cuyo gran éxito fue poner fin a la colectivización agrícola –un hecho de enorme impacto social en un país de mayoría rural– Gheorghiu-Dej llevará al régimen comunista rumano por la vía nacionalista de Patrascanu, consiguiendo su independencia de Moscú, después de haber pagado a la URSS las deudas contraídas durante la guerra y haber obtenido la retirada de las tropas soviéticas de Rumania.

La muerte de Gheorghe Gheorghiu-Dej y la llegada del nuevo dirigente del Partido Comunista –e implícitamente del país– Nicolae Ceausescu, supuso un periodo de apertura liberal con

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

el fin de reducir los traumas después de los cambios radicales que habían ocurrido. En nuestro parecer, hay dos constantes en la política de Nicolae Ceausescu durante los dos primeros años de su “reinado”: por una parte, una apertura más marcada hacia el nacionalismo, manifestada en la recuperación de valores culturales tradicionales y en la conveniencia de mantener las distancias con la Unión Soviética, y, por otra parte, una política exterior encaminada hacia la obtención de una mayor credibilidad (la no participación de Rumania en las operaciones del Pacto de Varsovia, su oposición a los planes de integración económica de los Estados comunistas, su acercamiento a China y al Occidente, el establecimiento de relaciones diplomáticas con la República Federal de Alemania, la cooperación económica con Francia y Estados Unidos, su participación como mediador en el conflicto del Oriente Próximo, y el fuerte apoyo inicial a Checoslovaquia en 1968), aunque dentro del país el régimen no abandonara sus principios nacionalistas de homogeneidad económica y social. Con esta mejora de imagen, Rumania logra los créditos necesarios para crear las grandes empresas industriales –con miles de trabajadores– que dieran fuerza y cohesión al régimen.

Al liderar un régimen totalitario por definición, la llamada «dictadura del proletariado», Nicolae Ceausescu logra concentrar todo el poder del Estado en sus propias manos y las de su familia: poco a poco, se deshace de todos sus rivales, a la vez que coloca a miembros de su familia (su esposa, Elena, y sus numerosos hermanos) en cargos importantes. A raíz de su visita a China y Corea del Norte en 1972 se le atribuye la etiqueta de “tirano oriental”. A continuación se produce una “revolución cultural” en la que se impone un control casi total sobre la actividad cultural en general. La vida política y social se ve dominada –al menos en el discurso oficial– por el recurso al culto de la personalidad. El «Gran Líder» o «Genio de los Cárpatos» se sitúa en la cúspide de la tradición histórica rumana. La prensa, la radio y la televisión centran su actividad en adular al «Gran Hombre», y la maquinaria propagandística trabaja sin cesar para alimentar la imagen faraónica de Ceausescu. Bajo su mandato, Rumania conseguía todo tipo de victorias imaginarias, al tiempo que se acercaba a «las cumbres más altas de cultura y civilización». En realidad se falsificaba la estadística sobre la producción agrícola, así como la producción de acero, maquinaria, bienes de consumo y otros productos, hasta doblar las cifras reales en algunos casos; todo ello para crear la impresión de una reducción de la distancia que separaba Rumania de los países

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

desarrollados, y en clara contradicción con las medidas de racionamiento de la comida y de la energía –consecuencia de la absurda ambición de pagar las deudas externas, lo que supuso un esfuerzo insostenible por parte de la población–.

Finalmente, al comprender la verdadera naturaleza del dictador rumano los países occidentales plantean la cuestión de los derechos humanos. En el exterior, en el marco del “deshielo” o Perestroika promovido por Mihail Gorbaciov, Rumania queda cada vez más aislada. Dentro del país, la popularidad y credibilidad del régimen de Ceausescu disminuyen de manera acusada, a pesar del aumento de las medidas represivas y del control en los ámbitos más íntimos de la vida de la población. Se empiezan a oír críticas, no sólo de la intelectualidad considerada incómoda por el régimen comunista sino también de quienes teóricamente apoyaban al sistema. En 1976, se rebelan los trabajadores de Valea Jiului, y en 1987, los de Brasov. En ambos casos se tratan de revueltas espontáneas que cuentan con un débil apoyo de algunos intelectuales y disidentes políticos que habían anticipado los acontecimientos.

En realidad, los sucesos de diciembre de 1989 llegaron cuando la clase política rumana ni contaba con una oposición real y consistente, ni había una alternativa de gobierno con pro-

grama y organización, ni líderes carismáticos como Havel en Checoslovaquia o Valesa en Polonia. Sin embargo, sería una frivolidad intentar achacar esta carencia únicamente al estrangulamiento durante el régimen de Ceausescu. La clase política rumana pagaba el precio del largo periodo de dictaduras de distinta índole, desde 1938 hasta 1989, de las cuales el régimen comunista fue el más duradero y con mayores repercusiones, como la inversión del sistema de valores, la promoción a cargos públicos según criterios ideológicos, etc.

Durante el transcurso de la revolución de 1989 –el término más empleado para definir los acontecimientos sangrientos que pusieron fin al régimen de Ceausescu– no actuó una fuerza política coherente con un programa preestablecido sino que se “improvisaron” unas estructuras políticas según las circunstancias del momento, dejando la impresión de que se trataban de maniobras encaminadas hacia un escenario en que el grupo encabezado por Ion Iliescu pudiese asumir el poder. En realidad, la mayor parte de las personas que llegaron al poder procedían de las antiguas estructuras del Partido Comunista y de la Unión de Juventudes Comunistas, lo que no fue resultado de una acción premeditada sino del hecho de que dentro de estas mismas estructuras se encontraran los únicos políticos experimentados que tenían un

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

vínculo mucho más estrecho con la realidad de Rumania que los políticos procedentes del Occidente. Las consecuencias de este hecho son obvias: por una parte, las dificultades para pensar más allá de su adoctrinamiento comunista, lo que da lugar a una falta de una estrategia clara para el paso al capitalismo, y, por otra, las demoras legislativas y en la toma de decisiones con respecto a otros países vecinos en la adopción de reformas y la integración en las estructuras europeas y euro-atlánticas. Asimismo, quisiera hacer hincapié en un aspecto muy importante: una vez que se hubieran librado de los constreñimientos del régimen comunista, una gran parte de la clase política aprovechó su posición de poder a favor del interés personal, con lo que se generó un clima de corrupción y ambigüedad en todos los niveles, en contra del interés general.

En relación una vez más con el tema del derrocamiento de la dictadura, es un hecho bien conocido que se produjeron sucesos violentos en Rumania, en los que cayeron cientos de víctimas, bien ante las fuerzas represivas del viejo régimen o bien debido a las dificultades para identificar al «enemigo» en la confusión general que reinaba. Si bien la ira del pueblo se había dirigido hacia el matrimonio Ceausescu hasta su detención y posterior ejecución, a partir de entonces el concep-

to de enemigo se convierte en algo impreciso. ¿Contra quién iba a luchar el pueblo ahora? ¿Contra el Ejército responsable de la represión de Timisoara? En el tiempo transcurrido desde entonces, aparentemente se había puesto del lado de la Revolución, aunque su verdadera lealtad seguía siendo una incógnita. ¿Contra la Seguridad, el temido órgano represivo? De forma temporal, sus miembros habían sido confinados en los cuarteles del Ejército y bajo la vigilancia de éste, precisamente para protegerlos contra la ira del pueblo. ¿Contra los miembros de las viejas estructuras del partido? Después de la «decapitación» del régimen, éstos ya no ostentaban el poder, de allí su papel de meros ejecutores. Es a partir de este momento que se identifica y se populariza en todos los medios de comunicación a un enemigo anónimo y misterioso, el «terrorista», el personaje más temido, perseguido y enigmático de la Revolución Rumana, que hasta el presente ha permanecido como herramienta misteriosa del mal.

El Frente de Salvación Nacional, que tomó el poder el 22 de diciembre de 1989, fue una estructura política heterogénea que integraba antiguos dignatarios comunistas que bien se habían opuesto o bien se habían alejado de Ceausescu (Ion Iliescu, Silviu Brucan), antiguos disidentes políticos (Doina Cornea), exiliados (Ion Ratiu, Radu Campeanu), figuras del

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

mundo de la cultura (Dinescu si Caramitru), representantes del Ejército y revolucionarios. Muchos miembros destacados del Frente de Salvación Nacional no estaban convencidos de que el régimen comunista tuviera que desaparecer por completo.

Por otra parte, el repentino y brutal cambio de régimen supuso una serie de discontinuidades en el funcionamiento de las estructuras administrativas centrales y regionales. El Frente de Salvación Nacional suple el papel de las organizaciones del Partido Comunista, aunque surgen continuas fricciones y disputas. En un nuevo marco teóricamente democrático, pero que a menudo evidenciaba atisbos anárquicos, el pueblo rumano, libre de la amenaza continua de la Seguridad, estalla en manifestaciones como la gran protesta en la Plaza de la Universidad en Bucarest, mostrando pasiones políticas que obedecían más al carisma personal de algunos dirigentes (Ion Iliescu, Petre Roman, Corneliu Coposu, Radu Campianu) que a doctrinas o ideologías concretas. El orden público apenas se mantiene con un cuerpo de policía que adolece de un escaso prestigio. Este panorama se debe también a la ambigüedad política en el seno del propio FSN en el gobierno, que pasa de ser una organización de índole nacional a un partido político socialdemócrata, otorgando derechos espe-

ciales a determinadas categorías de trabajadores, caso destacado de los mineros de Valea Jiului, utilizados como masa de presión sobre los rivales políticos. Su presencia reiterada en Bucarest y los actos violentos contra rivales del régimen de Iliescu agravaron los traumas de la sociedad rumana y contribuyeron a empeorar la imagen internacional de Rumania. Asimismo, hay que mencionar el empeoramiento de las relaciones entre Rumania y Hungría por el contencioso de Transilvania, en un clima en el que la Unión Democrática Húngara se apresuraba en crear sus propias estructuras territoriales en Rumania y exigir derechos colectivos –incluso la autonomía– para la minoría húngara, todo ello apoyado por los grupos políticos nacionalistas en Budapest, pues el gobierno de Antal respaldaba la postura radical del obispo Tokes Laszlo. Entonces, ocurrió el brutal conflicto de marzo de 1990. Si bien las tensiones étnicas no degeneraron en conflictos sangrientos como en la ex-Yugoslavia, no se debió tanto a la capacidad de los dirigentes rumanos y húngaros de gestionar la crisis, sino en mayor medida al comportamiento de los propios ciudadanos rumanos y húngaros que desde hace siglos convivían sin que surgiera conflicto alguno.

Vista desde fuera, la Rumania de 1990 daba la imagen de una situación caótica, con conflictos sociales, políticos, étnicos y

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

religiosos (mientras la Iglesia católica recuperaba sus derechos, la polémica volvía a desatarse con la Iglesia ortodoxa, la religión mayoritaria, por cuestiones de patrimonio), lo que daba la impresión de una sociedad al borde de una guerra civil. No obstante, como consecuencia de la aprobación de la nueva constitución y la celebración de elecciones generales el régimen de Iliescu se consolidó en el poder.

Las convulsiones sociales, políticas y religiosas repercutieron negativamente en la actividad económica. Rumania comenzaba una nueva situación política con una economía socialista ultra-centralizada, nada funcional y tecnológicamente atrasada. La obsesión de Ceausescu de producir todo dentro del país para no tener que depender de las importaciones (su ambición de lograr uno de los niveles más altos de producción por habitante, las cuatro fábricas de aviones y helicópteros, y la fabricación de coches no competitivos, etc.), unida a la racionalización de recursos financieros y energéticos, había creado una «autarquía» económicamente peligrosa. Los gigantes industriales (las fábricas energéticas, automovilísticas, mineras, y de hierro y acero) producían pérdidas, creando auténticos «agujeros negros» en la economía. Anteriormente, la mayor parte de la producción industrial de Rumania había sido dirigida hacia el mercado integrado del antiguo

bloque comunista (CAER), que ya había cesado su actividad. Por consiguiente, la producción industrial disminuía de forma incesante, al tiempo que varias fábricas en situación de quiebra recibían la ayuda del Estado para evitar problemas sociales. El viejo ideal comunista que preconizaba un patrimonio industrial creado con el sudor del pueblo entero, expresado a través del slogan «no vendemos nuestro país», llevó a un proceso de privatización demasiado largo, ya que no se aceptaron las medidas de choque propuestas por Petre Roman. La clase política rumana no consiguió establecer un programa de adaptación a la economía de mercado, lo que achacaron al «peso de la herencia» del régimen de Ceausescu. Una serie de privatizaciones dudosas, rodeadas de acusaciones por parte de la prensa de corrupción en el ámbito personal y político, no condujeron a una mejoría en la economía como se esperaba, ya que por lo general contaban con la participación de empresas poco transparentes, las cuales carecían de capital para grandes inversiones.

De hecho, la pésima imagen política y social, la falta de una legislación atractiva y coherente, más el añadido de la falta de estabilidad en los Balcanes, hicieron que las inversiones extranjeras en Rumania quedasen en unos niveles muy bajos en comparación con los otros Estados que buscaban inte-

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

grarse en la UE. Además, al no disponer de una infraestructura adecuada, y por la falta de capital y a menudo la mala gestión, Rumania no logró aprovechar su potencial turístico.

Asimismo, el sector agrícola rumano, que había seguido el modelo soviético de colectivización, se encontraba desde muy pronto al borde de la quiebra. Como la mayoría del pueblo rumano vivía en el campo, el problema agrícola necesitaba de una rápida solución. La Ley 18 de 1990, que permitía la reedificación de viejas fincas agrícolas de hasta 10 hectáreas de extensión, se aplicó equivocadamente, lo que ocasionó un estado de confusión que sigue prácticamente inalterado a fecha de hoy. La partición de la propiedad como consecuencia de la aplicación de la ley ha impedido que se implantaran técnicas agrícolas modernas. La falta de un mercado de ventas y la ineficacia del sistema de subvenciones han acarreado la prolongación de la fuerte crisis agrícola que persiste en la actualidad.

La problemática política fiscal para el empresariado, la falta de firmeza en las estructuras del Estado, así como el clientelismo político, contribuyeron a generar una economía sumergida. Consiguientemente, el estado en que vivía la población se iba degradando incesantemente. Los pagos compensato-

rios a los empleados despedidos de las fábricas indujeron a la desidia.

Asimismo, se ha producido un deterioro en el ámbito cultural y deportivo, por la falta de apoyo económico. De hecho, el objetivo primordial de las instituciones culturales en este periodo ha sido la supervivencia. En el terreno deportivo, el rendimiento de los deportistas rumanos está muy por debajo de la época anterior.

La reforma del sistema educativo efectuada con el propósito de integrar a Rumania en las estructuras europeas tampoco tuvo éxito. La reforma abordó principalmente aspectos formales, lo que generó confusión y provocó que los licenciados optasen cada vez menos por un futuro laboral en el mundo educativo, con el agravante de los bajos salarios de los profesores. En la educación superior, detrás de una fachada de liberalismo, el sistema privado se desarrolló extensamente sin mantener niveles adecuados de calidad, lo que, junto con el crecimiento del sistema estatal, conduciría a una masificación del sistema educativo superior en Rumania.

En lo que a refiere a la historiografía, no obstante algunas declaraciones de intenciones sin un cambio de discurso, los historiadores rumanos siguen con sus viejas preocupaciones y los clichés nacionalista-marxistas acerca de la lucha del

La transición de la dictadura a la democracia. El caso de Rumania

pueblo rumano por conseguir la independencia y la unidad nacional. Entre los nuevos temas tratados está el periodo comunista, la demografía histórica, y aspectos de la antropología histórica. No obstante, estos temas siguen siendo de interés minoritario. Un serio problema de la historiografía rumana actual es la falta de perspectivas metodológicas claras, hecho que convierte los escritos históricos en presa de los clichés ideológicos y del amateurismo.

Asimismo, las ambigüedades de la transición se hacen patentes en la estructuración de las fuerzas políticas rumanas que se ha basado en determinadas personalidades e intereses de grupo, y en menor medida en función de ideologías. La vida política durante el periodo de la transición ha estado dominada por las fuerzas de izquierda, previamente dirigidas por reformistas comunistas. Es el caso del partido liderado por Ion Iliescu, que actualmente ostenta el poder bajo el nombre de Partido Socialdemócrata, como también del Partido Demócrata, ambos provenientes del antiguo Frente de Salvación Nacional y ambos de carácter socialdemócrata, y del Partido de la Gran Rumania, de orientación nacionalista. Si bien el partido dirigido por Ion Iliescu ha obtenido el mayor número de votos en todos los comicios celebrados hasta ahora, en 1996 se vio obligado a permanecer en la oposición por no

contar con la mayoría de los votos. Los partidos tradicionales, que habían dominado la vida política rumana en el periodo de entreguerras, no consiguieron recuperar su hegemonía anterior. Tanto el Partido Nacional Liberal como el Partido Nacional del Campesinado Demócrata-Cristiano sufrieron numerosas divisiones. Pese a llegar al poder en 1996, junto con el Partido Demócrata y el UDMR, se mostraron incapaces de gobernar de manera coherente debido a los múltiples problemas surgidos entre los socios gobernantes. El partido que asumió el papel dominante en esta coalición, el PNTCD, se consumió de tal manera que en las elecciones de 2000 no logró cumplir las condiciones necesarias para su aceptación de acuerdo con la nueva legislación vigente.

En conclusión, Rumania ha padecido un largo y doloroso proceso de transición lleno de incoherencias, que le ha convertido en un país menos atractivo desde la perspectiva exterior; por consiguiente, los rumanos ven la integración en las estructuras europeas como una salvación, una salida de la oscuridad en la que han permanecido atrapados durante los 13 años de transición. Sin embargo, hay fuerzas políticas que, bajo el discurso oficial a favor de la integración europea, buscan alargar este proceso el máximo tiempo posible, para sacar partido de las ambigüedades inevitables o deliberadamente

**La transición de la dictadura a la democracia.
El caso de Rumania**

mantenidas de la transición. La misma palabra «transición», en el contexto rumano, tiene connotaciones peyorativas.

(traducción del inglés por el profesor Clive Alexander Bellis,
Universidad de Alicante)